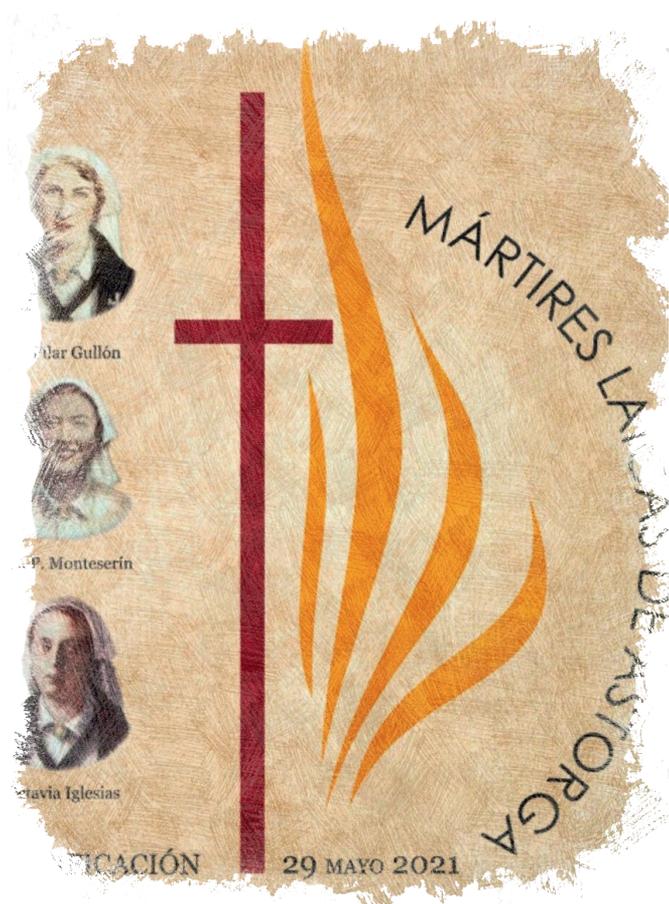


BEATIFICACIÓN DE LAS MÁRTIRES DE ASTORGA

«SEMILLA DE CRISTIANOS, SANGRE MARTIRIAL»

REFLEXIONES PARA LA ORACIÓN
Y LA HOMILÍA



JOSÉ LUIS CASTRO PÉREZ

«SEMILLA DE CRISTIANOS, SANGRE MARTIRIAL»

REFLEXIONES PARA LA ORACIÓN Y LA HOMILÍA

INDICE

I. UN MARTIRIO INTERMINABLE, UN TESTIMONIO ADMIRABLE

La historia de un testimonio admirable y esperanzador.

Memoria viva que nadie podrá ahogar.

Corazones valientes para no odiar.

Esperar en el bien contra toda esperanza.

II. SON HÉROES POR SER FIELES

La coherencia de fe hace héroes a los que el mundo desprecia.

Mártir es quien no traiciona su amor a la verdad.

Los signos de la Beatificación.

La memoria de los mártires es garantía del futuro de la Iglesia.

III. VERACES Y DECIDIDOS A SER SANTOS

Ciudadanos del cielo con los pies en la tierra.

La fidelidad y la confianza, claves del testigo.

Un camino comprometido, pero no imposible.

La vida y la muerte son dos realidades presentes en el caminar cristiano.

Las mártires de Astorga un signo para la libertad religiosa y la dignidad de la mujer.

IV. PERDER LA VIDA PARA GANAR LA ETERNIDAD

Servir ya es triunfar

Morir por Cristo es ejemplar y profético

El tesoro del mártir es su entrega y su caridad

V. GLORIFICADAS EN LA CONMEMORACIÓN DE LA IGLESIA

Recordar y glorificar

Un mensaje necesario de perdón y conversión

La misericordia de Dios nunca defrauda

SANTIDAD DE LA IGLESIA

1. El mártir, testigo de la fe
2. El ejemplo humano y eclesial de los mártires
3. La vida virtuosa de los mártires, un estímulo para vivir la fe en estos tiempos
4. Un bautismo de sangre para alcanzar la salvación
5. El martirio es el acto de amor más perfecto
6. Morir por Cristo para vivir para siempre
7. La fe y las obras son el rostro del martirio
8. Perseguidos por odio a Cristo, muertos por amor al Señor
9. El valor del testimonio: es necesario ser valiente para vivir la fe en este mundo.
10. La entrega de las mártires laicas de Astorga, signo luminoso de la santidad de la Iglesia.

UN MARTIRIO INTERMINABLE, UN TESTIMONIO ADMIRABLE

TEXTOS BÍBLICOS

Sb 3,1-9: Los que son fieles a su amor permanecerán a su lado

Sal 30: A tus manos Señor, encomiendo mi espíritu

Lc 7, 18b-23: ¡Bienaventurado el que no se escandalice de mí!

La ciudad de Astorga, sede episcopal de nuestra iglesia particular, está orgullosa de tener una maravillosa Catedral, iglesia madre de la diócesis, y también por poder mostrar al mundo la incomparable belleza de la joya arquitectónica que es el Palacio Episcopal de Gaudí. Otros muchos lugares de la diócesis gozan también de magníficos templos de llenos de arte, religiosidad y singular encanto. Pero a estos extraordinarios méritos artísticos, hemos de añadir y anteponer el reconocimiento de la santidad de muchos hijos de esta secular Iglesia particular asturicense cuyos orígenes se remontan al menos a los albores del siglo III. Debemos recordar a santos insignes como a su patrono el obispo Santo Toribio, los monjes San Fructuoso, San Genadio, San Valerio o San Gil o los mártires, Santa Marta, San Lucas del Espíritu Santo, San Benito de Jesús y la multitud de beatos de la persecución religiosas en España en el siglo XX originarios de casi todos los rincones de la geografía diocesana.

La historia de un testimonio admirable y esperanzador

A este último grupo de beatos mártires se unirán el 29 de mayo de 2021 las tres jóvenes enfermeras católicas de Astorga M^a Pilar Gullón Yturriaga, Octavia Iglesias Blanco y Olga Pérez-Monteserín Núñez, que fueron martirizadas por odio a la fe el 28 de octubre de 1936 cerca de Pola de Somiedo (Asturias) durante la Guerra Civil española, y de las que el Papa Francisco autorizó a promulgar el 11 de junio de 2019 el Decreto sobre su martirio para la Beatificación.

La Sierva de Dios M^a PILAR GULLÓN YTURRIAGA nació en Madrid el 29 de mayo de 1911, en el seno de una familia muy religiosa. El 28 de junio fue bautizada en la parroquia de San Ginés; hizo la Primera Comunión en el colegio Blanca de Castilla, en Madrid. Primogénita de cuatro hermanos, era soltera y se dedicó al cuidado de sus padres, en particular del padre enfermo. La experiencia de fe, vivida en su casa, favoreció su vida espiritual y su compromiso en la Iglesia. El 16 de julio de 1936 la familia se trasladó a Astorga, de donde era oriunda, y donde gozaba de prestigio y de respeto moral.

La Sierva de Dios OCTAVIA IGLESIAS BLANCO era prima segunda de M^a Pilar, nació el 30 de noviembre de 1894 en Astorga (León) y fue bautizada el 9 de diciembre en la parroquia de San Julián. También ella creció en una familia caracterizada por una profunda religiosidad, que cuidó el empeño en las virtudes y en las obras apostólicas, entre ellas la fundación del convento de las MM. Redentoristas de Astorga, donde se consagró religiosa una hermana suya. La Sierva de Dios se ocupaba de cuidar, primero, a su padre anciano y enfermo, y luego a su madre viuda; pertenecía a la Acción Católica y a las asociaciones de las Hijas de María y del Sagrado Corazón.

La Sierva de Dios OLGA PÉREZ-MONTESERÍN NÚÑEZ nació en París el 16 de marzo de 1913 de padres de origen español, que regresaron a Astorga en 1920. Olga, segunda de tres hermanos, recibió el bautismo el 5 de julio en la parroquia de san Francisco Javier, en París. Soltera, se dedicaba a la vida de familia y a los trabajos artísticos, en particular al arte de la pintura, gracias al don heredado del padre, pintor leonés con mucha fama.

El 8 de octubre de 1936 las Siervas de Dios llegaron al hospital de sangre del Puerto de Somiedo (Pola de Somiedo-Asturias), y una vez terminados los días de servicio, quisieron continuarlo, teniendo en cuenta la emergencia de la situación. Al amanecer del 27 de octubre, el pequeño hospital de campaña fue atacado por el ejército republicano. Las tres jóvenes enfermeras renunciaron a intentar la huida y decidieron no abandonar y seguir asistiendo a los heridos, aun a riesgo de su vida; sin embargo, los heridos fueron fusilados y el personal sanitario fue apresado.

Las tres enfermeras laicas fueron conducidas después de una larga marcha, a Pola de Somiedo junto con otros prisioneros, entre ellos el comandante, el capellán y el médico, que fueron asesinados. No obstante, pertenecieran a la Cruz Roja, fueron entregadas al comité local de guerra, y luego a los milicianos que, durante toda la noche, sometieron a las Siervas de Dios a vejaciones y abusos, pretendiendo que renegaran de la fe a cambio de obtener la libertad, pero su claro rechazo recrudecía la violencia por parte de los milicianos para con ellas.

A pesar de la tortura y las humillaciones, las Siervas de Dios soportaron todo con fortaleza sobrenatural y se prepararon a la muerte con espíritu de fe y rezando: desnudadas, fueron llevadas a un prado, y al mediodía del día 28 de octubre de 1936 fueron fusiladas, mientras aclamaban a *Cristo Rey*, por tres mujeres milicianas, que se distribuyeron los vestidos de las Siervas de Dios. Sus cuerpos fueron tratados de modo ignominioso y abandonados hasta la noche en que fueron sepultados en una fosa común, excavada por algunos hombres del pueblo, obligados a ello por los milicianos.

La fama del martirio de las Siervas de Dios se difundió enseguida en la comunidad eclesial, de modo tal que el 30 de enero de 1938 sus restos, fueron acogidos en la Catedral de Astorga, centro de la vida diocesana. El 28 de junio de 1948, a petición de la Asamblea Nacional de la Cruz Roja, fueron trasladados a un nuevo mausoleo en la capilla de san Juan Bautista en la Catedral.

Memoria viva que nadie podrá ahogar¹

Este es el relato de su terrible y largo martirio, tal y como lo refiere el Decreto de la Santa Sede que declara su Beatificación. Han pasado más de ochenta años desde la trágica muerte de estas Mártires. Su memoria, sin embargo, no sólo no se ha apagado, sino que ha permanecido siempre viva en el corazón del pueblo de Dios, que les recuerda con admiración y reconocimiento. En aquel período de terror, que parecía haber cancelado de la faz de la tierra toda huella de justicia y de bondad, el martirio de víctimas inocentes fue un signo de esperanza para una humanidad no ya fratricida sino fraternal, acogedora, respetuosa.

El Papa Francisco ha dicho varias veces que *«la persecución es el pan cotidiano de la Iglesia»*. Los que se acercaron a la mesa del martirio hoy la Iglesia los ofrece también en la mesa eucarística pues participan literalmente en el sacrificio de Cristo que se actualiza en

¹ Cf. Homilía del CARD. ANGELO AMATO, SDB, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (2008-2018), en la Beatificación de Valentín Palencia y compañeros mártires celebrada en la Catedral de Burgos (23 de abril de 2016).

la celebración de su Iglesia. Esta les acoge y venera no solo por su valentía ante sus enemigos, sino también por su vida ejemplar. Y también la sociedad habría reconocido en ellos unos defensores de algunos derechos fundamentales del hombre, como la libertad religiosa y la libertad de conciencia.

En España, en un tiempo en que fue prohibida la celebración de los sacramentos, fueron incendiadas las iglesias, saqueadas las casas religiosas, destruidas reliquias y obras de arte, en una palabra, perseguida la fe, los cristianos más valientes no disimularon su condición, siguiendo incluso con los signos externos que expresaban su religiosidad.

La causa del martirio de las tres enfermeras de Astorga está bien expresada en el Decreto *super martyrium* para su beatificación: murieron “*por su fe en Cristo y en la Iglesia*”, siendo “*la caridad, según las exigencias radicales del Evangelio, lo que llevó a las Siervas de Dios al testimonio supremo del martirio*”. Antes de ser asesinadas, conscientes del peligro inminente, se prepararon con el bálsamo consolador de la oración poniendo de forma esperanzada toda su vida en las manos del Señor, afrontando su final violento con una actitud mansa y de perdón. En ellas no se atisbó ningún acto de rebelión a pesar del horrible tormento y abusos a los que las sometieron.

Corazones valientes para no odiar

Como todos los mártires, ellas también fueron «testigos heroicos del Evangelio». La Iglesia tiene necesidad de hijos valientes y audaces para mantener en la familia humana la acogida, el respeto y la caridad fraterna. Este es el precioso mensaje que nos transmitirá la futura beatificación de estas tres mujeres. Su glorificación es una buena noticia para todos. Ellas han sembrado amor, no odio. Han practicado la caridad con todos, sobre todo con los enfermos y los necesitados. Han transmitido el calor de la presencia de Dios incluso en el corazón de aquellos que les mataban.

Su bondad cura las heridas y sana los corazones, alejándolos de los males del odio y de la división. Su existencia hace más bella y vivible la casa del hombre, invitando a no repetir el pasado oscuro y sangriento, sino a construir y vivir un presente luminoso y fraterno.

El Evangelio es el libro de la bondad y de la liberación del hombre de todo mal. Recordemos la respuesta que Jesús dio a Juan Bautista: «*Los ciegos vuelven a ver, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia*» (Lc 7, 18-23). Los gestos de Jesús son acciones de liberación del mal.

Por eso los mártires a la arrogancia responden con la humildad, al egoísmo con la generosidad, a la venganza con el perdón, a los pensamientos de muerte con pensamientos y gestos de vida. De este modo los mártires son portadores de misericordia divina, que aplaca la violencia con la serenidad que genera concordia. Aun hoy, los mártires son los corderos que vencen a los lobos.

Es esta la revelación del amor cristiano. La humanidad de hoy necesita más que nunca este espectáculo extraordinario de fraternidad, de gozo, de respeto, de acogida.

Esperar en el bien contra toda esperanza

Es este el significado del martirio de M^a Pilar, Octavia y Olga: esperar en el bien contra toda esperanza y ser fermento en su tiempo de la buena noticia del amor fraternal y de la concordia. La misericordia es la que define el momento final de su vida: una muerte ofrecida, perdonando, sin odio hacia sus verdugos, reconciliando y sembrando la paz auténtica que nace del perdón.

La entrega de los mártires es un ejemplo de santidad, que transforma el dolor en peregrinación de redención. Los santos se modelan en el yunque de la inmolación. El dolor es una llamada a todos para alzar la mirada al cielo, de donde viene nuestro auxilio.

En una sociedad hedonista como la nuestra, que huye del dolor y no sabe valorar su efecto purificador y su alcance redentor, el testimonio de las tras mártires laicas de Astorga nos invita a abrir los ojos y a ver los miles de sufrimientos del nuestro prójimo enfermo, a abrir los oídos para escuchar los lamentos de los necesitados, grandes y pequeños, ricos y pobres; a mover nuestras manos para socorrer a los caminantes golpeados y derrotados por la vida; a abrir nuestra boca para aliviar, consolar y perdonar. El sufrimiento y el dolor habitan entre nosotros y a nuestro alrededor, en nuestras familias, en nuestros seres queridos.

Ellas nos invitan a dar amor, porque Dios tiene un solo nombre, que es Amor, nada más que Amor.

II

SON HÉROES POR SER FIELES

TEXTOS BÍBLICOS

2Tm 4,3-8.16-18: He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe.

Sal 125: Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares.

Jn 13, 5-13: Seréis odiados por todos a causa de mi nombre, pero quien persevere hasta el fin se salvará.

La coherencia de fe hace héroes a los que el mundo desprecia

«*He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe*» (2 Tim 4, 7). Así escribe San Pablo a su colaborador Timoteo, ya al final de su vida, haciendo una especie de resumen y un balance de su apostolado. También con su muerte ofrecida en fidelidad al Señor, las mártires de Astorga hicieron realidad las mismas convicciones de San Pablo.

Combatir el mal y mantener la fe, mantenerse en pie sin dejar de ser fieles y conservar la integridad de una existencia unida al evangelio de Cristo es lo que resume el éxito del cristiano². Al triunfo pleno no sólo se llega por el martirio sino por una coherencia de fe fiel y constante. La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de destalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor de Dios.

El heroísmo al que Dios nos llamase esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad –esa santidad a la que Dios nos llama– consiste en alcanzar lo que San Juan Pablo II llamó el «nivel alto de la vida cristiana ordinaria».

El heroísmo cristiano no es otro que el de la fe y del amor vividas cotidianamente como personas evangélicas insertas en la historia que debemos ser levadura que provoca el fermento justo. La fe, nos dice Benedicto XVI, contribuye a purificar la razón, para que llegue a percibir la verdad³. Por eso, ser cristianos coherentes nos impone no inhibirnos ante el deber de contribuir al bien común y moldear la sociedad siempre según justicia, defendiendo –en un diálogo informado por la caridad– nuestras convicciones sobre la dignidad de la persona, sobre la vida desde la concepción hasta la muerte natural, sobre la familia fundada en la unión matrimonial una e indisoluble entre un hombre y una mujer, sobre el derecho y deber primario de los padres en lo que se refiere a la educación de los hijos y sobre tantas otras cuestiones que surgen en la experiencia diaria de la sociedad en que vivimos.

² Cf. Homilía del CARD. JOSÉ SARAIVA MARTINS, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (1998-2008), en la Beatificación de 498 mártires del siglo XX en España celebrada en la Plaza de San Pedro de Roma (28 de octubre de 2007).

³ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, ns. 28-29

Los mártires alcanzaron la cima del heroísmo cristiano en la batalla decisiva en la que dieron su vida por Jesucristo. Su legado siempre será un mensaje de fe y de amor, es decir, un recordatorio de la esencia de ser cristiano. Ante esa herencia que nos han dejado debemos examinarnos con valentía, y hacer propósitos concretos, para descubrir si esa fe y ese amor se manifiestan heroicamente en nuestra vida.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que *“el martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe”* (CEC n. 2473). En efecto, seguir a Jesús significa hacerlo con todas las consecuencias, también en el dolor y, si cabe, en la persecución tanta veces silenciosa e incruenta por amor del Evangelio (Cf. Mt 24,9-14; Mc.13,9-13; Lc 21,12-19): *«Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre»* (Mc 13,13; Cf. Jn 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

Mártir es quien no traiciona su amor a la verdad

«El sentido profundo del testimonio de los mártires», según escribía el cardenal Ratzinger, está en que «ellos testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. Es en este sentido que los mártires son los grandes testimonios de la conciencia, de la capacidad otorgada al hombre de percibir, más allá del poder, también el deber y por lo tanto abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana»⁴.

Nadie ha sabido hacer patente su amor a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia Católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo como los mártires. Su confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio. Uno de los rasgos que los definen es que antes de morir perdonaron en conciencia y de corazón a quienes les perseguían, y en muchos casos rezaron por ellos. Por eso cada uno de ellos no es patrimonio exclusivo de una diócesis o nación, sino que, por su especial participación en la Cruz de Cristo, Redentor del universo, pertenecen al mundo entero, a la Iglesia universal.

A los hombres y a las mujeres de hoy es importante que se nos repita muchas veces y en voz muy alta que la santidad no es el privilegio de unos pocos, sino que todos, sin excepción, hemos de ir tras ella porque podemos conseguirla. ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente, con temor o sin esperanza.

Los signos de la Beatificación

Son significativos los símbolos que nos recuerdan el testimonio de la entrega en el martirio. El logotipo que anuncia la Beatificación de las mártires de Astorga el 29 de mayo, tiene como elemento central una cruz de color rojo, símbolo del amor llevado hasta derramar la sangre por Cristo. Acompaña a la cruz una palma estilizada, que intencionalmente se asemeja a unas lenguas de fuego, en la que vemos representada la victoria alcanzada por los mártires con su fe que vence al mundo (Cf. 1 Jn 1, 4), así como también el fuego del Espíritu Santo que se posa sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y asimismo la zarza que arde y no se consume con una llama, en la que Dios se presenta a Moisés en el relato del Éxodo y es expresión de su mismo ser: el Amor que se da y nunca se extingue.

De esa llama surge el resplandor de la luz de la santidad se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y siempre resplandece de manera especial en la memoria de los mártires. La luz del santo es el reflejo del propio Jesucristo, luz del mundo (Cf. Jn 1,5-9), que alumbró nuestras inteligencias y nuestros corazones para que, conociendo la verdad,

⁴ J. RATZINGER, *Elogio della coscienza*, Roma, Il Sabato, 16 de marzo de 1991, p. 89.

vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas humanas y de hijos de Dios, y seamos también nosotros luz del mundo que alumbra a todos los hombres con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos.

La memoria de los mártires es garantía del futuro de la Iglesia

Los mártires no consiguieron la gloria sólo para sí mismos. Su sangre, que empapó la tierra, fue riego que produjo fecundidad y abundancia de frutos. Así lo expresaba, invitándonos a conservar la memoria de los mártires, San Juan Pablo II: *«Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia»*⁵.

No podemos contentarnos con celebrar la memoria de los mártires, admirar su ejemplo y seguir adelante en nuestra vida con paso cansino. Debemos interrogarnos cuál es el mensaje transmiten los mártires a cada uno de nosotros. Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y la realidad del cotidiano martirio silencioso está ahí. A este santificador sufrir por Cristo sólo se adhieren con fruto aquellos que viven su fe bautismal de modo coherente, adaptando su vivir evangélico a las incomprensiones, ataques e indiferencia de los que perseguidores de nuestro mundo.

En definitiva, la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre. Para algunos esa coherencia ha llegado hasta la efusión de la sangre. La vida de estos héroes, donada en defensa de la fe, tiene el efecto de fortalecer toda la Iglesia, y su ejemplo es un recuerdo eficaz de que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

⁵ JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en la VIII sesión pública de las Academias pontificias* (3 de

III

VERACES Y DECIDIDOS A SER SANTOS

TEXTOS BÍBLICOS

Rm 8,15-18. 31-39: ¿Quién nos separará del amor de Cristo?

Sal 33: Bendigo al Señor en todo momento

Jn 12, 24-26: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.

Ciudadanos del cielo con los pies en la tierra

La experiencia terrible de persecución de los cristianos de Roma de la primera hora que se habían unido a Cristo y que habían acogido con fe su Evangelio, hace que el apóstol Pablo se plantee la cuestión de la constancia en el testimonio de los discípulos del Señor. Por eso, mirando a esa comunidad se pregunta «¿quién nos separará del amor de Cristo?» (Rm 8,35). El apóstol está convencido de que si Dios ha enviado al mundo a su Hijo único y este Hijo ha dado su vida por nosotros, un amor así no puede extinguirse, pues es más fuerte que cualquier cosa y guarda para la vida eterna a aquellos que han amado a Dios hasta el punto de dar su vida por Él. Por eso no duda en confortar a aquellos cristianos perseguidos diciéndoles que *“los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará”* (Rm 8,18), y lleno de esperanza les anima convenciéndoles que *“en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado”* (Rm 8,37).

La realidad de sufrimiento y de martirio, no ha abandonado nunca a la Iglesia, tampoco a la de Astorga. La acción de la Iglesia y la gloria de los mártires permanece siempre, mientras que las situaciones de intolerancia, de incomprensión y de persecución pasan. Nuestros mártires diocesanos de todos los tiempos, hombres y mujeres, consagrados o laicos, a los que quitaron la vida en diversos lugares, fechas y circunstancias, verdaderamente los amamos como hermanos nuestros y los percibimos a nuestro lado, nos sostienen con su ayuda y junto a nosotros recorren el mismo camino hacia el cielo, porque su cercanía es signo de la comunión de los santos. En este sentido, somos «*ciudadanos del cielo*» donde nos espera una muchedumbre inmensa de santos (Cf. Ap 7,9) a la que ya desde aquí estamos unidos por el vínculo de la fe y del amor en Cristo.

La fidelidad y la confianza, claves del testigo⁶

La victoria de los santos, siempre pasa por la fidelidad y la coherencia, por no avergonzarse de declararse miembros de la Iglesia católica ni dejar de amarla a pesar de sus defectos, por entregarse a ella por Cristo y su mensaje de amor. Los mártires van todavía un paso más allá, pues llevan al límite la exigencia de la fe. En el momento supremo de su existencia, al confrontarse ante el desafío de perder su vida antes que renunciar a la

⁶ Cf. Homilía del CARD. GIOVANNI ANGELO BECCIU, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos (2018-2020), en la Beatificación de Teodoro Illera Del Olmo y 15 compañeros mártires, celebrada en la Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona (10 de noviembre de 2018).

veracidad de condición creyente, anteponen la confianza en Dios a cualquier manipulación o tortura, soportando el dolor físico, la humillación moral o el trato inhumano «*con entereza, esperando en el Señor*» (2Mac 7,20).

El motor del mártir es, pues, la confianza en Dios y en la vida eterna. Esto es lo que hace que su entrega sea fecunda, produzca un fruto imperecedero. Morir con Cristo y como Cristo, enterrarse en la tierra para ser levantado al cielo, es una lógica que una sociedad como la nuestra, fragmentada y hedonista, no entiende. Hoy, como siempre, es difícil adherirse a un compromiso que requiere sacrificio, y más si te exige la vida. El sentido de la fecundidad del sacrificio de nosotros mismos, por amor a Dios y el bien de los demás, nos lo explica Jesús, cuando le dice a los suyos: «*el que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna*» (Jn 12,25).

Un camino comprometido, pero no imposible

El camino de perfección y servicio recorrido por Cristo es el paradigma del que debe recorrer cada discípulo. No todos lo transitamos de la misma manera ni con la misma exigencia. Ciertamente, Jesús no nos pide perder la vida material para tener la vida espiritual; más bien lo que pide es que percibamos nuestra existencia, no como una condición para la conservación y el apego a nosotros mismos, sino como un don que cobra todo su sentido cuando se vive en amor hacia los otros. Sólo el que se da totalmente por amor da fruto y se abre a la verdadera vida. «*El que quiera servirme, que me siga*» (Jn 12,26) nos recuerda Jesús. El servicio fraterno es el verdadero camino para seguirle. No es una exigencia imposible sino todo lo contrario, una forma de vivir asequible y gratificante. Sólo quien es capaz de estar disponible puede afirmar que se encuentra en el camino que Jesús está recorriendo y que es su discípulo.

La vida y la muerte son dos realidades presentes en el caminar cristiano

Un signo inequívoco de la entraña evangélica del buen discípulo es vivir volcado en los demás. Está claro que quien más ama es el que más sirve, el que más se vacía de lo suyo, el que no se somete a la tiranía de su egoísmo. Las tres fieles laicas, Pilar, Octavia y Olga, vivieron coherentemente su vocación cristiana a la caridad, convirtiéndose en apóstoles de la ayuda fraterna y hospitalidad diligente en su voluntariado con la Cruz Roja, y fueron por eso asociadas a ellos en la misma condena a muerte. Estas mujeres nos dicen hoy: «*todo lo puedo en aquel que me conforta*» (Flp 4,13). La Iglesia al proponerlas para su beatificación las declara testigos valientes de una fe que vivieron con generosidad y coraje, de un cristianismo que resplandece lleno de valores, de una valentía que provocó una envidiosa crueldad de sus perseguidores.

En su compromiso con la Iglesia no hicieron cosas muy distintas a nosotros: ayudaron en sus parroquias en la catequesis, en la liturgia y en la acción caritativa procurando sembrar el bien tanto en la comunidad cristiana como en las demás actividades de militancia cristiana y de voluntariado que ejercieron según su condición. Lo que las hizo verdaderamente únicas fue que en el momento supremo de su existencia, cuando debían confesar la propia fe, no tuvieron miedo: aceptaron la muerte, ya que no negaron su identidad como laicas comprometidas. Murieron en la situación suprema en la que se confrontaron los contenidos de dos tipos de corazones: los que destilaban odio hacia la fe y la Iglesia católica, y los que desbordaban amor y buenos sentimientos. La brutalidad pareció prevalecer, pero la historia sólo recordará la grandeza de la dignidad humana y la heroicidad de martirio de estas tres mujeres, cuya memoria nadie podrá borrar.

Su vida fue sellada con el martirio *in odium fidei*, y la Iglesia las reconoce como un modelo a imitar, para que los creyentes de todos los tiempos que caminan en la iglesia

particular de Astorga lo hagan más derechamente hacia aquella Jerusalén celeste donde ellas ya habitan.

Serán proclamadas beatas porque fueron “grano” que muere para dar fruto, porque aceptaron morir un poco cada vez en el gastarse cotidiano al servicio del Evangelio, hasta el heroico gesto final.

La beatificación será para todos los diocesanos un motivo de profunda alegría al saber que están junto a Dios aquellas que formaban parte de esta comunidad cristiana. Nos llenará de orgullo poder admirar la fe y la valentía de estas hermanas nuestras. Pero estas Mártires nos invitan además a pensar en la multitud de creyentes que en el mundo también hoy sufren persecución, a escondidas, de modo lacerante, porque lleva consigo la falta de libertad religiosa, la imposibilidad de defenderse, la reclusión, la muerte civil.

Por último, debemos pedir para nosotros mismos su valentía de la fe, su completa fidelidad a Jesucristo y a su Iglesia, tanto en el momento de la prueba como en la vida cotidiana. Nuestro mundo, con demasiada frecuencia indiferente o inconsciente, espera de los discípulos de Cristo un testimonio inequívoco, como el de los mártires. ¡Jesucristo está vivo!: la oración y la Eucaristía son esenciales para que vivamos de su propia vida; nuestro cariño a la Iglesia es una sola cosa con nuestra fe; la unidad fraterna es la señal por excelencia del cristiano; la verdadera justicia, la pureza, el amor, el perdón y la paz son frutos del Espíritu de Jesús; el ardor misionero forma parte de este testimonio; no podemos tener escondida la lámpara encendida de nuestra fe.

Las Mártires de Astorga un signo para la libertad religiosa y la dignidad de la mujer

Las Mártires de Astorga que pronto serán beatificadas, anunciaron el Evangelio entregando la vida por amor: con la fuerza de sus sufrimientos, ellas son el signo de aquel amor más grande que reúne en sí todo lo valioso. Constituyen también una denuncia silenciosa, pero más elocuente que ninguna otra, de la discriminación, y de los abusos contra la mujer y la libertad religiosa, que como ha comentado recientemente el Papa Francisco, «*es un bien supremo que se debe tutelar, un derecho fundamental, baluarte contra las pretensiones totalitarias*»⁷. Con la fidelidad con la que supieron ser heroicas, nos enseñan a buscar incesantemente la voluntad de Dios en el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos.

Ellas son un testimonio vivo de cómo, en medio de las tribulaciones y de la hostilidad, el discípulo de Cristo está llamado a conservar la paciencia y la mansedumbre, unidas a la capacidad de perdonar, como Cristo en la cruz.

¡Que la próxima beatificación de estas tres jóvenes mujeres que solemnemente celebraremos en la Catedral de Astorga, iglesia madre de la diócesis, reavive nuestra fe, nuestro testimonio cristiano, nuestra vida! Para nosotros se escriben hoy, con la sangre de nuestras mártires, las palabras inspiradas del salmista: «*Bendigo al Señor en todo momento... Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias*» (Sal 33). Que sea así para nosotros.

⁷ FRANCISCO, *Discurso a la delegación de Rabinos del Cáucaso* (5 de noviembre de 2018).

IV

PERDER LA VIDA PARA GANAR LA ETERNIDAD

TEXTOS BÍBLICOS

2Cor 4, 7-15: En toda ocasión y por todas partes llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús.

Sal 123: Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Mt 10, 28-33: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma.

El Papa Francisco autorizó a promulgar el 11 de junio de 2019 el Decreto sobre el martirio para la beatificación de M^a Pilar Gullón Yturriaga, Octavia Iglesias Blanco y Olga Pérez-Monteserín Núñez, las tres jóvenes enfermeras católicas, que fueron martirizadas por odio a la fe el 28 de octubre de 1936 en Pola de Somiedo (Asturias) durante la Guerra Civil española.

Servir ya es triunfar

Eran siervas del Señor y siervas del prójimo necesitado⁸. Su misión no era política, sino benéfica. Eran enfermeras. Aliviaban los sufrimientos de los enfermos con ese amor especial que tienen las madres hacia sus hijos enfermos.

Seguían la enseñanza de Jesús: *«estuve enfermo y me visitasteis»* (Mt 25,36). Veían al Señor en el rostro de los que sufrían, especialmente los que se encontraban en la primera línea de los horrores de la guerra. Atendían a los hombres heridos en combate, para los que eran verdaderos ángeles de la caridad. En definitiva, eran personas buenas que ofrecían su servicio a Dios ayudando al prójimo. Lo hacían con sacrificio y con alegría, siendo conscientes del riesgo de sus vidas. No hacían el mal, sino solo el bien. No eran, ciertamente, una amenaza para nadie.

Y entonces ¿por qué fueron asesinadas? Porque el mal en su estado más crudo entró en la mente y en el corazón de algunos hombres con el veneno del odio y de la destrucción para suprimir y anular a los que en la Iglesia y en la sociedad hacían el bien: padres y madres de familia, niños y ancianos, voluntarios y profesionales sanitarios y, por supuesto, también personas cercanas a la misión de la Iglesia.

Como testigos de la verdad eterna del cristianismo, la tres jóvenes enfermeras fueron ejemplares en el rezar por la paz y en el perdonar a sus verdugos. La barbarie de los asesinos fue vencida por la caridad de las tres víctimas inocentes, las cuales hicieron patente que la fuerza extraordinaria que les hizo vencer era de Dios (Cf. 2Cor 4,7). Los

⁸ Cf. Homilía del CARD. ANGELO AMATO, SDB, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (2008-2018), en la Beatificación de tres religiosas mártires del Instituto de Religiosas de San José de Gerona celebrada en la Catedral de Gerona (5 de septiembre de 2015).

nombres de los perseguidores se pierden en el olvido de la deploración y del deshonor, mientras que los nombres de los mártires se recuerdan con respeto y veneración, pues en su cuerpo manifestaron la vida y la muerte de Jesús (Cf. 2Cor 4,10).

La santa madre Iglesia celebra a estas sus hijas heroicas no por rencor o por venganza hacia sus asesinos, sino para dar gracias a Dios por la valentía de su testimonio. Ellas tuvieron la sabiduría de considerar la vida terrena como el prelude de la vida eterna. Si en esta vida a menudo vence el mal, en la vida eterna reina, en cambio, soberana la caridad infinita de Dios. En los momentos de su sacrificio supremo, las Mártires lanzaron su mirada más allá de la oscuridad del mal, hacia los cielos luminosos de la vida eterna, donde no hay llanto ni muerte, sino solo gozo sin fin.

Como dice la Escritura, ellas han vencido a la serpiente antigua, el diablo, «*por medio de la sangre del Cordero y gracias al testimonio de su martirio; porque han despreciado la vida hasta morir*» (Ap 12, 11). Aun en las penas de los tormentos, de su boca salieron no palabras de maldición, sino de bendición y de perdón. Su sacrificio se convirtió en oración por la conversión de los perseguidores. Aun encontrándose en manos de hombres malvados, no tuvieron miedo de los tormentos, sino que tuvieron plena confianza en la bondad del Padre celestial, que como piensa en los pájaros del cielo también cuida de sus hijos más atribulados.

Morir por Cristo es ejemplar y profético

Las tres Mártires tenían grabadas en sus corazones las palabras de Jesús: “*No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma... A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos*” (Mt 10, 28.32).

Aquel martirio en las montañas de Somiedo no fue un suceso excepcional. Hoy no han pasado los tiempos de la persecución de los cristianos. Parece que no, pues en nuestros días los cristianos son la minoría más perseguida del mundo, pero de ellos los medios de comunicación hablan poco o nada. Son muy reveladoras algunas estadísticas contrastadas que refieren que los cristianos asesinados a causa directa o indirecta de su fe son más de cien mil al año: uno cada cinco minutos. Sus muertes son horribles y en muchos casos anónimas, como siempre ocurre en las persecuciones más feroces de la historia.

Esto recuerda que los cristianos son llamados en cada tiempo a dar un testimonio de fidelidad y de valentía. En el momento actual a miles. No se trata -al menos para aquellos que viven en sociedades libres y pacíficas- del testimonio supremo, con el sacrificio cruento de la propia vida. Se trata más bien del testimonio cotidiano de fidelidad a Jesús, de comunión con él, de escucha de su palabra de vida y de verdad.

El tesoro del mártir es su entrega y su caridad

Recordemos que el martirio no se improvisa. Antes de su sacrificio supremo, las tres enfermeras eran personas virtuosas, ejemplares en su altruismo, movidas por la caridad de Dios hacia los enfermos, sobre todo los heridos en el frente de la guerra.

En este sentido, su atención perseverante a los enfermos, a pesar de las muchas dificultades y carencia de medios que sufrían, es una herencia preciosa que ellas dejan a los profesionales sanitarios cristianos, a los voluntarios de la pastoral de la salud y a las personas de talante acogedor y solidario, sean creyentes o no, invitándoles a continuar con alegría y dedicación su contribución profesional o voluntaria en el mundo del sufrimiento, prestando asistencia corporal y espiritual a los enfermos.

Una manifestación concreta de la misericordia divina es precisamente el deber de acudir con afecto y asistir con ternura a los enfermos, servir y velar por el hombre de hoy, aliviando sus sufrimientos y sembrando paz y serenidad en su corazón.

A todos nosotros los diocesanos de Astorga nuestras Mártires recuerdan, por tanto, el permanecer fieles a los valores humanos y cristianos del respeto a la vida, la atención maternal al enfermo, el testimonio evangélico integral. Son valores fuertes que requieren esfuerzo cotidiano y sacrificio continuo. Son valores, todavía, que constituyen el mejor antídoto contra el virus perjudicial de la pereza, de la indiferencia, de la deshumanización.

El Papa Benedicto dice que «aparentemente parece que la violencia, los totalitarismos, la persecución y la brutalidad ciega parecen más fuertes, silenciando la voz de los testigos de la fe, que humanamente pueden parecer los derrotados de la historia. Pero Jesús resucitado ilumina su testimonio y así comprendemos el sentido del martirio. A este propósito Tertuliano afirma: "*Plures efficimur quoties metimur a vobis: sanguis martyrum semen christianorum*", ("Nos multiplicamos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos")»⁹ (*Apol.* 50, 13: *CCL* 1, 171).

«En la derrota, en la humillación de cuantos sufren a causa del Evangelio, actúa una fuerza que el mundo no conoce: "*Cuando soy débil* -exclama el apóstol Pablo-, *es entonces que soy fuerte*" (2 Cor 12,10). Es la fuerza del amor, inerme y victorioso incluso en la aparente derrota. Es la fuerza que reta y vence a la muerte»¹⁰.

A modo de apropiada conclusión, podemos recurrir a las palabras de San Juan Pablo II y del Papa Francisco que en sus respectivos viajes apostólicos a Bakú (Azeibaiyán) pusieron de relieve el gran mérito de ser fieles a la fe en los duros momentos de la persecución y el desprecio: «*Honor a vosotros, que creéis*" (1 P 2,7)¹¹. "Honor tributa la Iglesia universal a cuantos han sabido mantenerse fieles a los compromisos que brotan de su bautismo... Honor a vuestros abuelos y abuelas, a vuestros padres y madres, que han cultivado en vosotros la planta de la fe y la han regado con la oración, permitiéndole crecer y dar fruto... vosotros sois la prueba viviente de que la fe en Dios obra prodigios. A pesar de ser pocos... el buen Pastor os ha mantenido unidos"¹².

⁹ BENEDICTO XVI, homilía en la Liturgia de la Palabra *Memoria de los testigos de la fe de los siglos XX y XXI* Basílica de san Bartolomé en la Isla Tiberina (7 de abril de 2008).

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ FRANCISCO, Viaje apostólico a Georgia y Azerbaiyán, *Ángelus en el centro salesiano de Bakú* (2 de octubre de 2016)

¹² JUAN PABLO II, Viaje apostólico a Azerbaiyán y Bulgaria. *Homilía en la Santa Misa en el palacio de deportes de Bakú* (23 de mayo de 2002).

V

GLORIFICADOS EN LA CONMEMORACIÓN DE LA IGLESIA

TEXTOS BÍBLICOS

2Cor 12,7-10; 13,4-5a: Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad.

Sal 33: Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha.

Lc 6,27-38: Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa.

Las tres Mártires de Astorga, Pilar Octavia y Olga, fueron víctimas de una radical persecución religiosa que arrancó años antes y que se proponía el exterminio programado de la Iglesia. Estas hermanas nuestras no eran combatientes, no tenían armas, no se encontraban en el frente, no apoyaban a ningún partido, no eran gente provocadora o conflictiva. Eran simplemente voluntarias, mujeres pacíficas cuyo corazón les movía a hacer el bien. Fueron matadas por esto y por odio a la fe, porque eran católicas, porque creían en Dios, porque tenían a Jesús como único tesoro más querido que la propia vida. No odiaban a nadie, hacían el bien a todos.

Su apostolado era sencillo, pero entregado y fructífero: la catequesis en las parroquias, la militancia cristiana, el voluntariado sanitario para el cuidado de los enfermos, la caridad con los pobres y los marginados. Ese era su “peligro”, la “amenaza intolerable” de unas actividades que les costarían la vida. Les arrolló una espiral de violencia que no encontró en ellas resistencia, pues su corazón estaba lejos del clima de odio y hostilidad que les rodeaban. A la atrocidad de los perseguidores, no respondieron con la rebelión o con las armas, sino con la mansedumbre de los fuertes.

Recordar y glorificar

En este punto puede resultar interesante plantearnos algunas cuestiones¹³.

¿Cómo se explica su fuerza sobrehumana de preferir la muerte antes que renegar la propia fe en Dios? Además de la eficacia de la gracia divina, la respuesta hay que buscarla en su convicción humana y la fortaleza espiritual de su fe. Su compromiso humano y creyente las fue preparando espiritualmente para afrontar incluso la muerte por anteponer su vocación al cuidado de los enfermos antes que sucumbir al miedo de una amenaza enloquecida. Era una verdadera pedagogía martirial, que configuró a estas tres mujeres fuertes para el testimonio supremo.

¿Por qué la Iglesia beatifica a estas tres mujeres mártires? La respuesta es sencilla: la Iglesia no quiere olvidar a sus hijas valientes. Las pone de ejemplo y las honra con culto

¹³ Homilía del CARD. ANGELO AMATO, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos (2008-2018), en la beatificación de 522 mártires de la persecución religiosa en España del siglo XX celebrada en Tarragona (13 de octubre de 2013).

público, para que su intercesión obtenga del Señor una lluvia beneficiosa de gracias espirituales y temporales para su diócesis y para la Iglesia en España. La Iglesia, casa del perdón, no busca culpables. Quiere cerrar heridas y confrontaciones estériles y glorificar a los que han sido testigos heroicos del evangelio de la caridad, porque merecen admiración e imitación.

La celebración de la beatificación de Pilar, Octavia y Olga en Astorga será un grito fuerte al mundo, a una humanidad que en nuestro tiempo sigue necesitando paz, concordia y mucha compasión. Nada puede justificar la guerra, el odio fratricida, la muerte del prójimo. Con su caridad, las Mártires se opusieron al furor del mal, como un potente muro se opone a la violencia monstruosa de un tsunami que quiere acabar con todo. Con su mansedumbre las Mártires desactivaron las armas de los tiranos y de los verdugos, venciendo al mal con el bien. Ellas son profetas de la paz en la tierra.

Un mensaje necesario de perdón y conversión

¿Qué mensaje nos ofrecen los mártires antiguos y modernos? Nos dejan un doble mensaje para nuestro tiempo.

El primero de ellos es una invitación al perdón y a la reconciliación. Como dice el Papa Francisco «el gozo de Dios es perdonar... Aquí está todo el Evangelio, todo el cristianismo. No es sentimiento, no es "buenismo". Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del "cáncer" que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor colma los vacíos, la vorágine negativa que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto, y ¡este es el gozo de Dios!»¹⁴.

Estamos invitados, pues, al gozo del perdón, a eliminar de la mente y del corazón la tristeza del rencor y del odio. Jesús decía *«amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa... Sed misericordiosos, como es misericordioso vuestro Padre celestial... con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros»* (Lc 6, 35-36. 38). Conviene hacer de manera frecuente un examen concreto sobre nuestra voluntad de perdón. En este sentido, la beatificación de las mártires de Astorga debe ser una fiesta del perdón dado y recibido, una reivindicación de la comunidad cristiana que manifieste el triunfo de la paz y la misericordia frente a cualquier forma de violencia y de rencor.

El segundo mensaje es una llamada a la conversión del corazón, a la bondad y a la compasión. Todos estamos invitados a convertirnos al bien, no sólo quien se declara cristiano sino también quien no lo es. La Iglesia invita también a los perseguidores a no temer la conversión, a no tener miedo a acoger el bien en su vida, a rechazar el mal, a no enterrar su existencia en el odio, el rencor o el desprecio de los que tienen diferentes ideas o creencias. Todo cambia cuando una persona se convence de que hay un Padre bueno que perdona, acoge y ayuda a reconducir la vida a sus hijos alejados por los caminos del mal y del pecado.

Todos necesitamos la conversión. Todos estamos llamados buscar incasablemente la paz, la fraternidad, el respeto de la libertad del otro, la serenidad en las relaciones humanas. Esta ha sido la grandeza de nuestras Mártires y de todos los santos de todos los tiempos. Este mensaje a vivir la vida con exigencia y miras de grandeza concierne sobre todo a los jóvenes, los cuales han de sentirse llamados a vivir con gozosa fidelidad la vida humana y cristiana. Esto supone muchas veces ir contra corriente y demostrar coraje, no acobardarse ante las dificultades, no cansarse de querer cada día ser más santo buscando construir un mundo mejor y más humano.

¹⁴ PAPA FRANCISCO, *Angelus* del 15 septiembre de 2013.

La misericordia de Dios nunca defrauda

Así se han comportado los mártires, jóvenes y ancianos, Sí, también jóvenes como, por ejemplo, las Mártires de Astorga. A su edad tener miedo a la muerte en una situación angustiosa como la que vivieron en su martirio hubiera sido muy lógico; sin embargo, no lo tuvieron porque su mirada estaba proyectada hacia el cielo, hacia el gozo de la eternidad sin fin en la caridad de Dios. Si les faltó la misericordia de los hombres, estuvo presente y sobreabundante la misericordia de Dios.

Perdón y conversión son, pues, los dones que los mártires nos hacen a todos. El perdón lleva la paz a los corazones, la conversión crea fraternidad con los demás.

Nuestras Mártires, mensajeras de la vida y no de la muerte, sean nuestras intercesoras por una existencia de paz y fraternidad. Será este el fruto precioso de la celebración de la beatificación en la Catedral en el mes de mayo de 2021.

Que el Señor, con el auxilio precioso de María, *Regina Martyrum*, «nos mantenga íntegros en la fe, incommovibles en la esperanza y, en medio de las dificultades, perseverantes hasta el fin en la caridad en la caridad Amén».¹⁵

¹⁵ Bendición solemne en el Año Nuevo.

VI

LAS TRES MÁRTIRES LAICAS DE ASTORGA EN EL UNIVERSO DE SANTIDAD DE LA IGLESIA

ALGUNAS REFLEXIONES TEOLÓGICAS SOBRE EL MARTIRIO Y SU VALOR ESPIRITUAL PARA VIVIR LA FE HOY

1. El mártir, testigo de la fe

El mártir da testimonio del significado y la veracidad de su fe. Un momento esencial es, pues, el “*odium fidei*”, el odio a la fe cristiana. El martirio presupone una renuncia personal y libre de la vida. Se trata de la mayor plenitud del amor, expresada en la unión entre amor a Dios y amor al prójimo. El martirio significa «entrega amorosa y creyente de la persona a Dios». El martirio es un testimonio eficaz para los demás. Expresado en forma cristológica, es una conformación con la vida de Cristo y una «participación por la gracia en la muerte de Cristo, pero también en la eficacia de la misma». De modo que también se reconoce en el martirio una cualidad soteriológica.

2. El ejemplo humano y eclesial de los mártires

Desde el comienzo mismo de la Iglesia, y hasta nuestros días, ha estado presente en ella la realidad del martirio; es decir, del amor más grande, del que da la vida por mantener la fidelidad a Jesucristo y la da perdonando y amando al que se la arrebató.

Lo entendieron muy bien los primeros cristianos que, llamándose santos todos ellos, enseguida empezaron a honrar de modo especial al *martyr* [= testigo], aquel que no dudó en entregar su vida a causa de la fe. Y lo mismo ha ido sucediendo en siglos posteriores, a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Nunca ha faltado la sangre de los mártires que ha ido mostrando a creyentes e incrédulos el valor supremo de la fe y de la adhesión a Jesucristo y la excelencia del amor y del perdón cristianos, que abarca incluso a los que atentan o arrebatan la propia existencia. En concreto, el cristianismo hispano goza de una honda raíz martirial y de una historia que, hasta nuestros días, ha hecho presente el irrenunciable valor de la fidelidad a Jesucristo.

Los mártires han sido, y son para los cristianos, los coherentes con su fe, los convencidos, los resistentes, los ejemplares; los que no sucumben ante los impostores que les obligan a adorar a los ídolos de cada tiempo y prefieren la verdad a la seducción, el amor a Jesucristo al odio que pretende eliminarlo, el perdón a la agresión.

3. La vida virtuosa de los mártires, un estímulo para vivir la fe en estos tiempos

Propio de la virtud es hacer que la persona permanezca en la verdad y en el bien. Y «es esencial al martirio mantenerse por él firme en la verdad y en la justicia contra los ataques de los perseguidores. Es, pues, evidente que el martirio es un acto virtuoso». Es, pues, virtuoso y necesario estar pronto a sufrir por Cristo persecuciones, si éstas llegan. Pero no es lícito buscar estas persecuciones o provocarlas; por una parte, sería en el mártir una temeridad, y por otra, sería incitar a los perseguidores para que realicen un crimen.

Muchas son las virtudes ejercitadas por el mártir: la paciencia, la caridad, la fortaleza, la perseverancia, la misericordia, la fidelidad, etc. Ha de considerarse, sin embargo, que el martirio es un acto lícito de la virtud de la fortaleza, que obra bajo el imperio de la caridad; y que también la paciencia de los mártires es alabada por la tradición cristiana.

4. Un bautismo de sangre para alcanzar la salvación

El martirio es un bautismo de sangre que opera en el hombre los mismos efectos que el bautismo sacramental: borra el pecado original y los pecados actuales, tanto en la culpa cuanto en la pena; es decir, santifica plenamente al hombre, sea virtuoso o pecador, esté o no bautizado, sea niño o adulto. Así lo ha creído la Iglesia desde el principio.

El Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1258 dice expresamente: “Desde siempre, la Iglesia posee la firme convicción de que quienes padecen la muerte por razón de la fe, sin haber recibido el Bautismo, son bautizados por su muerte con Cristo y por Cristo. Este *Bautismo de sangre* como el *deseo del Bautismo*, produce los frutos del Bautismo sin ser sacramento”.

5. El martirio es el acto de amor más perfecto

Se puede definir el martirio como un acto supremo de caridad que se sufre precisamente por amor «a Cristo», a su Reino, a su Iglesia. Él mismo Jesús anuncia a sus discípulos las persecuciones que sufriréis «por mí» (Mt 5,11), «por causa del Hijo del hombre» (Lc 6,22), «por causa de mi nombre» (Jn 15,21).

En el martirio resplandecen la santidad de la ley de Dios y a la vez la intangibilidad de la dignidad personal del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

6. Morir por Cristo para vivir para siempre

Solo el mártir es testigo perfecto de la fe cristiana, pues sufre por ella la pérdida de su propia vida. Es decir, la realidad que mejor expresa la radicalidad testimonial de la fe en Jesucristo es, sin duda, el martirio. El martirio pertenece a la esencia de la fe cristiana, ya que la Iglesia conmemora y celebra la muerte del Mártir por excelencia, Cristo Jesús, como redención y origen de la verdadera vida.

El martirio manifiesta, además, la íntima relación entre la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, pues en el testimonio del mártir se da una adhesión inquebrantable entre el testimonio y la realidad testimoniada, entre Cristo y el creyente. En este sentido un teólogo tan influyente como Rahner afirma:

"Si se nos pregunta dónde está en la vida del hombre ese punto en el que la apariencia es absolutamente verdadera y la verdad es absolutamente aparente, dónde está el punto en el que todo concuerda: la acción y la pasión, la realidad más ordinaria y la más incomprensible, lo más divino, la oscura pecaminosidad del mundo y la gracia de Dios que la abraza en la misericordia, el culto y la realidad, se debe responder que en el martirio. Aquí, y solo aquí"¹⁶

7. La fe y las obras son el rostro del martirio

Mártires –dice Santo Tomás– significa «testigos, pues con sus tormentos dan testimonio de la verdad hasta morir por ella; y no de cualquier verdad, sino de *la verdad de acuerdo con la piedad*» (Tit 1,1), la que nos ha sido dada a conocer por Cristo. Y así se les llama “mártires de Cristo”, porque son sus testigos. Y tal verdad es la verdad de la fe. Por eso la fe es la causa de todo martirio.

¹⁶ RAHNER, K., *Sulla teologia della morte*. Con una digressione sul martirio, Brescia 1965, 94

Ahora bien, a la verdad de la fe pertenece no solo la creencia del corazón, sino también su manifestación externa, que se hace tanto con palabras como con hechos, por los que uno muestra su creencia, según aquello de Santiago “yo por mis obras te mostraré mi fe (St 2,18). Según esto, todas las obras virtuosas, en cuanto referidas a Dios, son manifestaciones de la fe. Y bajo este aspecto pueden ser causa de martirio».

8. Perseguidos por odio a Cristo, muertos por amor al Señor

«Por mí», «por causa de mi nombre», dice Cristo en los evangelios. En efecto, el mártir muere por Cristo. Actualmente, incluso en ambientes cristianos, se concede el título de mártir con una gran amplitud, pero no es esa la norma de la Iglesia antigua y la de hoy. En el mundo, sobre todo en el lenguaje tantas veces ignorante o pirateador de los medios de comunicación, se tergiversa el término “mártir” hasta degradar su sentido original. Así se habla, por ejemplo, de los “mártires” de la revolución soviética o feminista o yihadista, o de la sociedad en general, etc.

En el martirio eclesial, ha de darse «odio a la fe» o bien odio a cualquier obra buena en tanto que viene exigida por la fe en Cristo. No pueden ser, pues, considerados mártires sino aquellos que, habiendo sido perseguidos y muertos por odio a Cristo o a lo cristiano, han sufrido la muerte por amor al Señor. Es el criterio que hoy también está vigente en la Iglesia para discernir en las causas para la canonización de los mártires. Y a veces, como se comprende, no es fácil aplicar con seguridad este criterio a cada caso concreto.

No es, pues, mártir, en el pleno sentido cristiano del término, aquel que muere por defender una verdad natural, o por servir hasta el extremo una causa buena, un valor, si ese heroísmo no va referido a Cristo.

9. El valor del testimonio: es necesario ser valiente para vivir la fe en este mundo

Los mártires, los que entregaron su vida porque ni la armas les pudieron separar de Jesucristo, murieron amando y perdonando. No podía ser de otra manera. Pero en las circunstancias de la vida hay también generaciones de santos que no sufrieron personalmente un martirio cruento, pero sí padecieron en su alma el sacrificio violento de su padre o su madre o sus hijos, o el de sus hermanos, su párroco, sus parientes, o sus amigos... y en vez de responder con el rencor, la venganza, el despecho o la egoísta reivindicación, supieron también perdonar y amar, porque así se lo requería su condición de hijos de Dios. Muchas veces perdonaron con el silencio; otras, con palabras o hechos explícitos se condujeron con el heroísmo propio de los discípulos de Jesús. Todo ello fue un signo de que en esta conducta estaba actuando la gracia de Dios, los dones del Espíritu, el amor a Jesucristo y a los hermanos.

También muchos cristianos de todos los tiempos, sin llegar a sufrir un martirio violento y físico, han vivido en forma peculiar un martirio espiritual por ser fieles y coherentes con su fe en tiempos o situaciones de persecución o rechazo. A no pocos cristianos les ha sido tocado sufrir un verdadero martirio no cruento a causa de su fe, y han padecido con estremecedora realidad el sufrimiento moral de la Pasión de Cristo. Y es que, de una u otra forma, todos los santos, algunos con una intensidad especial, han vivido de múltiples maneras este martirio espiritual mientras permanecían en este mundo.

10. La entrega de las Mártires laicas de Astorga, signo luminoso de la santidad de la Iglesia.

Las Mártires laicas de Astorga, también con su referencia social de ayuda a los demás en su condición de voluntarias enfermeras, tienen un mensaje válido y actual, aunque su vida y su martirio se hayan producido hace ya muchos años. En las circunstancias

peculiares de su vida, recorrieron un camino de adhesión a la voluntad de Dios, de configuración con Jesucristo y de fidelidad al Espíritu que las hace constantemente actuales. Porque, vividos de una o de otra manera, afrontaron los mismos retos que nos exige hoy la práctica excelente de la virtud.

La fidelidad a Dios, atestiguada con la muerte, es anuncio solemne y compromiso misionero "*usque ad sanguinem*" Semejante testimonio en nuestras mártires tiene un valor extraordinario no sólo para la sociedad civil sino también para toda la comunidad eclesial.

Las Mártires de Astorga, unidas a todos los santos en la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada en Cristo iluminan la vida de la Iglesia y le impulsan a seguir dando testimonio de la verdad de la fe.

